

Jornada

DIARIO DE LA TARDE

000 VALENCIA 24 DE DICIEMBRE DE 1942 000

NOCHERBUENA ESPAÑOLA BAJO LA PAZ DE FRANCO



HAY desde hace siglos —todos los que puede sumar la buena hemeroteca— un tono consagrado por la costumbre para fijar en el diapason del comentario la actitud discreta ante la Navidad. Poco más o menos, es el "seamos buenos chicos esta noche también", del viejo villancico. Dios nace para gozo nuestro, y ese milagro de infinita ternura vuelve las lanzas cañas, hace que los escudos se ablanden en punderos y pone un armisticio de bendita puerilidad en el corazón revejado y "non sancto" de los humanos. El mundo de la Nochebuena está expresado sobre vitela fina, en púrpuras y oros prodigiosamente vivos, en melodías tonales y sencillísimas que traen la gracia innominada de los pastores mitológicos a bautizarse en el cristiano portal de Belén. Cuando en la víspera del Juicio Final pueda hilarse el copo de las creaciones más limpias del corazón, nada prevalecerá contra el sereno remanso de confianza que la poesía de los villancicos ha ido depositando en el tiempo. Por

una noche, parece irrecusable la afirmación de que la vida cristiana contiene en el fondo infinitamente más alegría que todo el mundo clásico en la superficie. El milagro es más jubiloso que el mito, porque lleva en la entraña una verdad esencial. Y todos podemos ser esta noche animadas figuras orantes en la adoración de Je-

sus, porque le sabemos destinado a morir; pero sobre todo, porque le sabemos predestinado a resucitar y a permanecer entre nosotros.

En la medida que sea profunda y verdadera esta certeza, será auténtica y sincera la alegría de Nochebuena.

No queremos la paz que nos ha prometido en ese convencional "Felices Pascuas" siglo y medio de hipocresía impresa. No queremos la paz, sino el milagro. No creemos en la paz, contrahecha y pactada, sino en la Paz impuesta por voluntad de este Niño Todopoderoso.

Queremos, con Franco, esa difícil paz que claman los ángeles en el Evangelio: el Paraíso de nuestro José Antonio, acotado por la luz de las espadas. No la paz de los que se imaginan pacíficos porque una noche más pueden cubrir todas las sillas en torno a su mesa, sin cuidar de los que aguardan otra noche más en los hogares donde la ausencia es carne riva y la paz una conquista penosa de cada noche y de cada mañana.

"Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra a los
hombres de buena
voluntad"

(EVANG. DE S. LUCAS. CAP. II, VERS. 14)

FIGURILLAS VALENCIANAS PARA UN BELEN CORTESANO

Índice de economía y folklore labrado por un artista para adornar un nacimiento

Era el 22 de febrero de 1741, cuando en humilde hogar de una Valencia, amenizada por el run-runeo fabril de los sederos, nació un niño a quien se impuso la denominación de José Esteve Bonet. El cual recibió las líneas bautismales en el templo parroquial de San Nicolás Obispo.

Por aquel entonces se concretaban bajo las pelucas de moda ciertas ideas de adelantamiento que se manifestaron—por lo que ahora respecta—en la fundación, el año 1743, de la Academia de Bellas Artes de Santa Bárbara, transformada trece años después en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, todavía subsistente. Entre los promotores de tan laudable institución figuraron los hermanos José e Ignacio Vergara, pintor el primero y escultor el segundo. Pues bien; uno y otro fueron maestros—en dibujo, uno; en modelado, el otro—de aquel niño llamado Esteve. Que, por cierto, se aplicó al estudio con vocación y constancia impropias de su verde edad...

Comoquiera que don Ignacio Vergara, ya añoso, se consagraba casi íntegramente a las tareas académicas abandonando corre-

José Esteve Bonet.—Otro señor Esteve.—El casado, taller quiere.—Cuarenta mil duros.

Dinastía de escultores

y especialmente las de Alonso de Berruguete, que le produjeron profunda impresión. Otro viaje a los mismos lugares, hubo de hacer en 1795, época en que fue acompañado por su hijo Rafael. Y—para terminar este párrafo—ciétese un viaje, en 1799, a Cartagena, Murcia, Orihuela y Alicante, donde no dejó de buscar enseñanzas en la maestría ajena.

Por lo demás, segula trabajando con tanta intensidad como provecho, a propósito de lo cual conviene recordar que a lo largo de su carrera ganó unos cuarenta mil duros, cantidad considerada como respetable y que administró perfectamente, pues, aunque solía mostrarse desprendido y gustaba de vivir con decoro, no cayó en extremos perniciosos para su familia.

Lo arduo de sus tareas u otras

Palma de Mallorca, Sevilla, Tobarra, Toledo, Villar de la Encina, Zaragoza... Incluso trabajó para el extranjero, labrando unas imágenes para Marsella y unas figurillas para el embajador de Suecia en la Corte de las Españas.

En la imposibilidad y a inoportunidad de citar muchas obras de Esteve, bastará recordar algunas que, por motivos estéticos o de otra índole, sean dignas de mención.

Como, por ejemplo, una Virgen de los Desamparados que pasó a poder de María Luisa cuando todavía era Princesa de Asturias. El artista había labrado la imagen para la Condesa de Casal, que la regaló a la principessa dama en agradecimiento de una bata que María Luisa había donado con objeto de que la habilitasen como manto para Nuestra Señora de los Inocentes.

Casi huelga repetir que fue autor de la Purísima Concepción de la Catedral valentina, obra sumamente delicada y exquisita, que había de conseguir sumos fervores y sufrir sumos atentados.

¿Quién no recuerda las célebres andas de plata catedralicias que, antes de ser reducidas a líquido, brillaron y tintinearon tantas veces bajo el sol primaveral? Pues bien, Esteve hizo el modelo de la de San Vicente Mártir...

Magnífico San Vicente Mártir, con valiente apostura que veire a toda posible frialdad marmórea, es el que figura a pie de altar de la Patrona de Valencia. Por cierto que, siendo Esteve entonces el escultor más reputado de su ciudad, «avino a nacer cuatro bocetos en barro para que pudiesen elegir quienes le formularan el encargo. En cambio, solo hubo de nacer un boceto para el San Vicente Ferrer que se halla en el mismo sitio.

Y a propósito... Pocas cosas tan familiares, tan entrañables, tan intimamente ciudadanas como los «Bultos de Sant Esteve», o sea la representación, en la Iglesia parroquial de San Esteban, del muy decoroso bautizo del niño que había de ser San Vicente Ferrer. El mismo Esteve trabajó las crebras que ostentan las figuras del simulacro.

¿Otra obra del mismo autor? La estatua de Santo Tomás de Villanueva que fue colocada en 1795 frente al convento agustino de Nuestra Señora del Socorro, y comoquiera que—lo decimos?... ¡Sí!...—sufriese profanaciones y mutilaciones, hubo de ser trasladada al Palacio Arzobispal, donde no acabaron sus quebrantos.

Finalmente, hay que citar una obra de Esteve que no corresponde a la imaginaria ni a la estatuaría general. Se trata del blasón labrado en piedra—de las canteras de Barcheta, por cierto—para la puerta principal del Palacio de Ríoflorida, hoy de Montornal, en la plaza de Santo Domin-

Liria: un hombre con carbón y esparto, más un niño con esparto y plectra.

Elche: un hombre con—fácil es adivinarlo—dátiles.

Alcora, Manises, Alacuas y Silla: dos hombres y dos mujeres—sucesivamente—con loza ordinaria y loza fina. Alacuas estaba representado, además, por una niña amamantándose de su madre, y Silla, por una niña que confeccionaba capazos de palma.

La Albufera: un hombre con anguilas y un niño con red y más fisostomos de la misma familia.

Segorbe: un hombre con frutas.

Y Biar: un hombre con miel.

Todavía más pintoresca había de resultar la otra serie.

Para exponer los trajes, preparó un alcalde y una acaudalada de la huerta; un labrador y una labradora; un majo y una maja, puesto que por aca nunca han faltado tipos de tal naturaleza; un marinero y una marinera; un loco y un «chiquet de Sant Vicente»; un requesnero y un sereno...

¿Costumbres? «Un baile en la huerta», con ocho bailarines, el tamborero, el duzanero, dos mayores, la vendedora de porrat y demás... «La matanza del cerdo», con varios nombres sacri-ficando a tan suculento como sanoso animal; otras personas preparando embutido y... un perro al palo para aprovechar la menor ocasión... «Las grupas», con tres parejas de novios a caballo y numeroso séquito de nombres que tenían guitarras, guitarreros, panderos y otros instrumentos...

En cuanto a los oficios, la alparagatería era presentada en sus diversas fases y modalidades, desde el nombre que trastruaba cañamo al que remataba el cazado, pasando por el aprendizaje aragonés. Unas mujeres vendían pescado. En el tramucero expendía su mercancía a un canchuelo. Un escocero preparaba el instrumento de trabajo para la menegada que esperaba. Un mucanero portaba en un borrico tierra para regar, que venía a una joven. Dos labriegos iban cargados de verduras. Dos estercoadores, con sendos rocines, recogían casura. Un «panetero» (antecesor de Vicente Domenech) vendía paquejas y un roscuero los apreciados «cocolets». Meciones para vender llevaba una mujer a caballo. Y aun había mas gentes...

Varios viajes, además de los anotados, hizo Esteve a Madrid—en 1788, 1789 y 1790—para entregar las referidas piezas de Belén. Por cierto, que, en el primero asistió a los funerales de Carlos III y a la proclamación de Carlos IV. Y cuando en el segundo viaje se despidió del Monarca, éste le encargó personalmente que le hiciera un Niño Jesús, una Virgen María y un San José para el citado Nacimiento, más otro Niño, otra Virgen y otro San José para el grupo que había de figurar la Adoración de los Reyes Magos.

Y todo ello gustó tanto en la Corte, que don José Esteve Bonet recibió del Rey, además de buena pecunia, el nombramiento de Escultor de Cámara honorario.

ALBERTO DE ONDARA
(Exclusivo para JORNADA)



Tarjeta que, con su retrato, usaba don José Esteve, grabada por su hijo don Rafael

lativamente sus creadas labores de taller, el juvenil discípulo hubo de buscarse, a los efectos de trabajo, otro maestro, que fue Francisco Esteve, escultor que no era pariente suyo; a pesar del apellido idéntico; escultor que le enseñó principalmente a representar con desenvoltura y garbo el plegado de los paños; escultor de genio adusto, que explotaba a su alumno y le hacía trabajar hasta media noche sin agradecerle el esfuerzo...

José Esteve Bonet casó a los veintidós años—exactamente, el 6 de mayo de 1762—con doña Josefa María Vilella. Por entonces estaba domiciliado en la calle del Empeñador, muy cerca del Colegio Imperial de Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer. Y cuatro años después se trasladó cerca de allí, a la plaza de las Barcas, casa señalada entonces con el número 34 y posteriormente con el 29, donde nacieron y vivieron sus descendientes.

Si el casado casa quiere, Esteve quiso también taller, tanto por sacudir el yugo de su maestro como por desahogarse a sus ancianas, por lo cual se estableció por cuenta propia. No por ello abandonó el amado estudio. Y así llegó al año 1772, señalado por dos efemérides: el nacimiento de su hijo Rafael (que había de ser famoso grabador, a quien su ciudad nativa ha dedicado una calle) y el triunfo conseguido con un bajo-relieve relativo a la rendición de Valencia a Don Jaime el Conquistador, obra que, presentada a la mencionada Corporación artística, valió al autor ser nombrado académico de mérito. Y quien había sido uno de los primeros discípulos en el templo, llegó con este a pasar por diversos grados corporativos hasta el de director general en 1781 o sea a los cuarenta años.

A la sazón ya había hecho—en 1774—un viaje a Madrid, El Escorial, Segovia, La Granja, El Pardo y Aranjuez, excursión que le sirvió para estudio y contemplación de obras artísticas, así como para recibir atenciones de quienes ya conocían sus méritos. Acompañado de otro ilustre grabador valenciano, Manuel Montañés, tornó a Madrid en 1783, ocasión en que se trasladó a Toledo, para admirar más obras de arte

causas fueron menoscabando su salud que, al comenzar la primavera de 1802, parecía periclitarse. Una mejoría posterior permitió trasladarse—siguiendo dictamen facultativo—a Godelia, donde permaneció parte de los meses de mayo y junio. Reintegrado a su domicilio ciudadano, encontrábase tan repuesto que hasta reanudo sus quehaceres. Pero una recaída en aquella dolencia, trájole la muerte en 17 de agosto del año meritado. Y sus restos mortales—con el acompañamiento cuantioso y representativo que merecía el varón bueno y cabal—fueron depositados en la capilla del Buen Pastor del convento de San Francisco.

Tres hijos dejaba. El mayor José Esteve Vilella, tuvo un hijo, Antonio Esteve Romero, que fue profesor de Escultura en San Carlos, y, a su vez, tuvo dos hijos—José y Rafael—también escultores, aunque no perseveraron en el arte. Ya se ha hablado de Rafael Esteve, el gran grabador eminente. A reunirse con él en Madrid—donde ya vivía—fueron la viuda y una hija del difunto, llamada Josefa.

ARTISTA Y... TRABAJADOR.—DEL CASTILLO DE GARCI-MUÑOZ A MARSELLA.—LAS ANDAS DE PLATA.—BOCETOS A ELEGÍA.—PARA FINAL, UN ESCUDO

Por lo anteriormente expuesto, ya puede columbrarse que don José Esteve Bonet fue sobremediano trabajador. Efectivamente, el repertorio de sus obras resulta extensísimo.

La mayoría de los templos de la ciudad de Valencia han contado con imágenes de Esteve, algunos en cantidad extraordinaria. Asimismo labró imágenes para gran número de pueblos de la región, a muchos de los cuales debió de ir para llevar su obra y, de paso, recrearse con la belleza y la fealdad de cada uno.

Pero las obras del imaginero valentino traspasaron también los lindes de las tierras vernaculas para ir, entre otras partes, a Albacete, Alcalá de Henares, Almansa, Cartagena, Castillo de Garcimuñoz, Gaudete, Ciudad Rodrigo, Fortanete, Huéscar, Yebra, Jerez de la Frontera, La Roda, Madrid, Motilla del Palancar,



Figuras de nacimiento para los Belenes que estos días, entre el entusiasmo infantil de los mayores y la alegría de los niños, se montan en todos los hogares católicos

TRES ESTAMPAS DE AQUELLA NAVIDAD DEL 37...

LA CARCEL

Aquel rincón último de la segunda galería, con sus tres celdas apañadas de falangistas, es conocido entre los presos amigos por "el barrio de Salamanca".

Hace poco que la señal de cerrar las celdas ha sido dada. El clásico ruido del "chapado", que recuerda las tracas callejeras con que la ciudad ostentaba en otros tiempos su alegría, pasa ante todos sin interrumpirse y ahorrando el ánimo de los débiles que con la noche sienten renacer sus temores.

Pero las tres celdas del "barrio de Salamanca" no se cierran esta noche, ni tampoco alguna otra que alberga a gente de confianza. El ordenanza que debía hacerlo está avisado y sólo entorna las puertas en evitación de que si algún oficial más celoso de su deber quiere echar una última mirada desde el extremo opuesto de la galería, la anomalía no sea descubierta.

La precaución del ordenanza es, sin embargo, innecesaria; porque esta noche los oficiales de la cárcel — salvo alguno, partidario en secreto de Franco, que ha tenido temor a traicionarse — se han dejado llevar del optimismo por la ocupación de Teruel y la vigilancia no es tan rigurosa como otras veces.

Toda la galería ha quedado en silencio. Los detenidos de más edad hacen ya tiempo que se tendieron en sus camastros buscando en el sueño un alivio para la tristeza que les invade. ¡Noche del 24 de diciembre! Mientras se mueven inquietos, engañándose con la pretensión de un mejor acomodo, un desfile de imágenes queridas cruza por su pensamiento. Se les aparece el hogar feliz y lleno de luz de otros años, con la añorada alegría de ver reunidos en su torno todos los regalos con que el Señor premió una vida de trabajo y de bien. Y ahora ese hogar estará en sombras porque falta la figura del padre, y la esposa irá a ocultar su llanto de las miradas apenadas de los hijos para no hacer la ausencia todavía más dolorosa.

En "el barrio de Salamanca" es muy otra la escena. Los detenidos hablan en voz baja y dejan que la noche vaya entrando mientras se comentan con detalle las últimas noticias. Desde que Rojo desencadenó con sus cien mil hombres la desesperada ofensiva sobre Teruel, estos falangistas, que cuentan con una información minuciosa llegada por los conductos más variados, se hallan pendientes de cuanto ocurre en el bajo Aragón. Nadie pone en duda que el ejército marxista ha penetrado en la ciudad turolense. Han tenido la confirmación que garantiza la veracidad de los hechos. Pero estos no son exactamente los que relata con fatigada la prensa roja. Dentro de la ciudad hay varios edificios en los que los escasos defensores de la plaza se han hecho fuertes, resistiendo heroicamente todos los asaltos del enemigo. Han sido mirados estos núcleos de resistencia y hasta sus recios muros se mantienen erguidos con dificultad. Pero el espíritu de los que tras ellos se defienden es el mismo que tuvieron los del Alcázar toledano, los de Oviedo y Simancas, los del Santuario. Y ahora las fuerzas de socorro llegarán a tiempo, porque ya Varela y Aranda se acercan a los sitiados llevándoles la promesa de su liberación.

Todos los falangistas del "barrio de Salamanca" renuevan su inquebrantable en estas horas que para otros son ya de vacilación. Y como el tiempo ha ido pasando insensiblemente con la conversación y el momento previsto con antelación es éste, salen silenciosamente de las celdas y distribuidos en grupos van a las

de los hombres ancianos que también quedaron sin cerrar.

En ellas se dormita ya o se reza. Las miradas, llenas de asombro, se fijan en estos muchachos que llegan hasta ellos para besarse las manos y deslizar en sus oídos unas cortas y emocionadas palabras de filial felicitación. Se incorporan los hombres temblorosos y un abrazo largo y fuerte los une a todos. Una voz fervorosa reza luego un Padre nuestro por todos los que fueron entregando su vida, y cuando la oración acaba, un "Cara al Sol" muy bajo, muy bajo, pero entonado con firmeza, enciende a todos en una fe incomparable.

A las doce se celebra la Santa

Por
Guzmán Zamorano

Misa en una de las celdas del "barrio de Salamanca". Ninguno de los que la escucharon aquella noche sabrá nunca cómo pudo haber tanta gente en espacio tan reducido. Sobre la pared fronteriza se ha improvisado un altarito y ante él dice sus rezos el sacerdote ayudado del falangista más joven — "el Nene", le llaman todos cariñosamente.

Entre los fieles hay condenados a muerte, viejos, jóvenes. La un-

ción con que siguen el Santo Sacrificio es en todos la misma, y cuando el "Confiteor" se desgrana en un murmullo apenas perceptible y el sacerdote eleva la Sagrada Forma, el fervor de estos hombres que se adelantan a recibirle sólo puede compararse al de los antiguos cristianos que, como ellos, padecieron persecución por sus creencias.

Y los que se fueron sin lágrimas, con el orgullo de saberse elegidos, también están ahora presentes entre sus antiguos camaradas. Una hoja de papel ennegrecido destaca de su fondo la blancura de unos hombres que ya para siempre hallarán grato cobijo en el corazón de todos.

LA CHECA

El antiguo convento — tanto tiempo acogedor suave de rezos rumorosos — ha sido asaltado por las turbas. El altar de su iglesia, destrozado; las cortas riquezas, saqueadas. Si las paredes pudieran hablar andando los meses con elocuencia mayor que la de esas negras manchas de humo que las recubren, los que luego dudarán incrédulos, sabrían de todo el furor desencadenado por la más baja de las multitudes.

En el antiguo convento por donde de largos años discurren las monjitas con silencioso andar y gestos recoletos, las milicias de pueblo han instalado su más crudo instrumento de tortura.

Están los jefes de la "checa" reunidos en lo que fuera capilla — dulce capilla monjil, de prece y castos suspiros hecha —. Bañados de alcohol y de lujuria celebran, en torno a una mesa bien servida, la conquista de la plaza "dacciosa" de Teruel. Ante ellos, unas mujeres de sucia desnudez, imitan torpemente las contorsiones de una danza grotesca.

Las risotadas y las frases provocadoras hacen el aire más pestilente cuando alguien que pasa por ingenuo, recuerda que es la Nochebuena de los católicos. Muchos sólo saben de la Navidad que antes era día de callejero bullicio de matracas y zambombas. Pero el que acaba de hablar es un "intelectual", que conoce la fiesta y que, de niño, acudió con su madre a la Catedral para escuchar la misa que decía el sacerdote al filo de la medianoche. Con aquellos días, ya tan alejados, su memoria le trae vivo el recuerdo de la madre muerta. Por un momento, siente que algo le habla en tono extraño.

En medio de las carcajadas que ha despertado con sus palabras, el "intelectual" siente miedo. Pero lo domina pronto, porque él es un revolucionario consciente. Y para demostrárselo a sí mismo una vez más, para probarse que en él no han hecho más que los falsos prejuicios de la niñez, da forma a una idea diabólica. Explica a sus compañeros que no es justo, en día tan señalado, prescindir del tradicional sacerdote, y manda que sea bajado de su celda el que tienen de tenido hace dos semanas.

La orden es acogida por todos con entusiasmo. Salen dos milicianos a cumplirla, y poco después regresan, dando empujones a un viejecito de rostro demacrado. Camina vacilante, con la barba crecida y cana, como el caído, y los brazos caídos a lo largo del cuerpo. A su vista, arrecian las provocaciones y las blasfemias, buscando con saña la humillación del anciano. Pero el sacerdote no escucha lo que allí se dice, ni sus ojos contemplan la escena. Aunque su cuerpo permanece allí, el alma está ausente de cuanto le rodea.

Podrán estos seres degradados que ahora se gozan en un triunfo efímero, maltratarle y torturarlo como ya lo han hecho. Podrán estas mujeres, que no esperaron la revolución para bañarse en cieno, descargar sobre él las ofensas más vergonzosas. No se alterará el rostro del anciano ni sus manos, se alzarán implorando misericordia. Seguirá en su mutismo, indiferente a todo.

Y, sin embargo, algo hay que gozosamente le conturba. Algo que está entregado por completo en estos momentos terribles de su cautiverio y que un observador perspicaz hubiera adivinado en el ligero temblor de sus labios. Algo de donde nace su inalterable mansedumbre, y que da un extraño fulgor a sus ojos, abstractos, extáticos; el íntimo coloquio que sostiene con su Dios, que le presta a entereza del santo para esta hora angustiosa y final de su martirologio.

EL HOGAR

El hogar está en sombras. Los rostros de estas cinco personas que se inclinan en silencio sobre la mesa, de escasa y pobre comida, reflejan el paso de la horda en unas huellas que, como otras miles, hablan de amargura y de pánico.

El hogar está en sombras — más frías y densas que las de esta noche de diciembre —, desde aquella otra en que arrancaron de su cama al hijo, para dejarlo en la cuneta de Dios sabe qué atrozizada carretera.

La madre lleva ya muchos días — ¡muchos! —, la pesada cruz que es el recuerdo del hijo. Era bueno — ¿para qué madre, Señor, no lo es? —, pero era, además, el primero, y siempre lo había cuidado con cariño y esmero de primogenitura. «Un poco loco», decía el abuelo. Pero su locura era santa y hermosa. El llegó un día a la Falange, llevado por un afán de redención y de justicia para todos. Sí; para todos. También para los que lo habían asesinado.

Pero las doctrinas que pregona-ba el jefe y que el hijo defendía con tanto entusiasmo, no fueron escuchadas a tiempo. No pudieron comprenderlas unos; cerraron otros sus oídos. Y ahora, la madre tenía al hijo muerto, y buscaba en el puesto vacío, con ojos fijos de perturbada, al que vio por última vez caminar entre pistolas, despidiéndosele con una dulce sonrisa que luego se tefiría de sangre...

La cena es para todos un suplicio. Los pequeños sólo saben del hermano, que no ha vuelto; pero el instinto les dice que algo ha ocurrido. Algo que no acaban de comprender claramente y que, sin embargo, les tiene

tristes y silenciosos como a las personas mayores. El anciano dobla ya el último recodo de su vida, y han visto sus ojos tantos espinos en el camino, que este de ahora, más doloroso que ninguno, terminó casi por dejarle insensible. Y los padres se lo han dicho ya todo en esas noches interminables en que las lágrimas se juntan sobre el lienzo de la almohada.

Por eso, cuando la cena acaba y ya no hay tanto temor de que las miradas se crucen, todos sienten el alivio.

El padre saca del escondrijo el pequeño aparato de radio que pudo hurtarse a los registros y lo lleva hasta ese rincón del comedor donde noche tras noche se agrupan todos para vivir las horas más gratas de cada jornada. No hay enchufe de luz — que lo quitó el padre para evitar sospechas —, y el hilo del aparato ha de conectarse, como todas las veces, con el cordón de la lámpara. Los niños extienden la antena sobre el piso, y la madre, que ya ha retirado la mesa, entra ahora con una manta de lana que amortiguará el pitido de las interferencias rojas. El abuelo contempla el ir y venir de unos y otros con una corta sonrisa bobalicona.

La radio es el único medio de comunicación de que todavía pueden servirse estos prisioneros. Si no hubiera sido por las palabras de aliento que las ondas hacen llegar hasta ellos salvando esa barrera que los separa de la civilización, el hogar se hubiera desmoronado quizás y los últimos brotes de esperanza, sin gotas de agua que los mantuviera ergui-

dos, hubiesen perdido su lozanía para acabar extinguiéndose.

Pero esta noche la radio no les traerá solamente el consuelo de unas noticias alentadoras. Esta noche será algo más que la comprobación de una nueva falsedad roja: la conquista de Teruel, que no es cierta, porque sus defensores resisten en la ciudad con el mismo heroísmo de los que se batieron en el Alcázar, y, como éstos, van a ser pronto liberados por unas bayonetas que harán retirarse en desorden a los atacantes.

Esta noche escucharán la voz del sacerdote, que va a decir Misa — ¡la Misa de Nochebuena! — para los que sufren cautiverio y han de ocultarse cuando quieren hablar con Dios.

Los villancicos que ahora entonan unos coros infantiles casi tienen música extraña, de tan olvidada. ¡Pero cómo levantan el ánimo y con qué fuerza milagrosa acrecientan la fe! ¡Cómo se bañan las almas en una luz prodigiosa que borra de la memoria el recuerdo angustioso de los registros y las detenciones, el dolor de tantas privaciones y ofensas soportadas!...

Va a dar comienzo el Santo Sacrificio. Pueden ahora los enemigos hablar de triunfos y salir a la búsqueda rabiosa de víctimas. Una voz que parece venir de otro mundo suena ya solemne y pausada dando bríos incontenibles para proseguir la lucha, y el final ya se percibe en las entrañas con la seguridad alegre de una realidad victoriosa.

El altavoz desgrana las primeras oraciones de la Misa: «Me acercaré al altar de Dios». «A Dios, que llena de alegría mi juventud»...



MUSICA POPULAR NAVIDEÑA

Trayectoria de los Villancicos

I
—Madre, en la puerta hay un niño,
más hermoso que el sol bello;
yo digo que tendrá frío,
porque el pobre viene en cueros.
—Pues dile que entre; se calentará,
porque en estas tierras ya no hay
(caridad).

Y el niño responde:
—Soy de lejanas tierras,
mi padre del cielo;
yo bajé a la tierra.

II

Entra el niño y se calienta;
y estándose calentando
le pregunta la señora
de qué tierra y qué reinado.
Y el niño responde:
—Soy de lejanas tierras,
mi madre del cielo;
yo bajé a la tierra.

III

—Hazle la cama a este niño
en la alcoba y con primor.
—No me la haga usted, señora,
que yo duermo en un rincón.
Mi cama es el suelo
desde que nací,
y hasta que me muera
ha de ser así...

¿Este villancico, cuántos años tiene? No se sabe. El villancico es tan viejo y tan popular, que «vuela por el aire y deja a quien lo canta un sabor de tierra natal en la boca». Cada cua, a su manera, todo el mundo canta villancicos. Y aunque tienen muy antiguo origen, lo cierto es que, verdaderas crónicas populares, pequeños cuadros de costumbres, deliciosos, los villancicos, en Inglaterra «Christmas Carols» en Francia «Noels» y en Alemania «Christ-Kind», son la canción más popular del mundo.

LO POPULAR EN LA LITURGIA

La ingerencia de la literatura y de la música popular en la liturgia navideña es muy antigua.

En España, parece contemporánea de los albores de la lengua castellana: tiempo de fe robusta en que la Religión constituía el motivo constante y el fin supremo de los sentimientos colectivos.

El drama litúrgico, desarrollándose plásticamente en el interior del templo, con la colaboración de legos y eclesiásticos, era además de oración ingenua, lección

LA CANCION QUE VUELA MAS ALTO Y LLEGA MAS LEJOS

eficiente y diversión regocijada. Ante el misterio religioso, las gentes humildes y fervorosas, reaccionaban con emoción cordial y plegaria ardiente; los dogmas y los símbolos, entraban por los ojos e iluminaban las mentes más rudimentarias; y los espíritus serenos y las almas candidas, siempre están a punto de florecer en risas y en algazaras.

...CA LA EGLESIA DE DIOS ES FECHA PARA ORAR...

Por esto Alfonso el Sabio en sus Partidas promulga disposiciones a fin de cortar abusos en las representaciones más o menos teatrales, que se desarrollaban en las iglesias. El Rey no iba contra todas las representaciones que se hacían después del culto o interpoladas, en el mismo, sino contra las que no eran propias del templo ni dignas de la intervención de sacerdotes.

En consecuencia, exceptúa la figuración, en forma plástica del misterio de la Navidad y del episodio de la Adoración de los Reyes Magos. Estas creencias, destacan entre los dogmas cristianos, por una especie de perfume de ingenuidad que los pone a cubierto de escándalo.

Aparte de que estuvieran muy extendidas, a mediados del siglo XIII las ingerencias profanas en los actos del culto, estas fiestas de Navidad y Reyes se prestaban más a introducir en la iglesia cantos y representaciones que en los de la Liturgia. La multitud, no tiene bastante con la exposición verbal del Evangelio del día de Navidad, ni con el comentario del dogma. No se contenta con escuchar al sacerdote, ni con imaginar los hechos. Quiere actuar en la realización de los hechos sobrenaturales, quiere aplicarles la medida humana, para evidenciar que frente al misterio religioso, reacciona igual un genio del Arte o de la Literatura, que el rústico dotado de fe viva y corazón efusivo. De ahí las re-

presentaciones del Nacimiento de Jesús; de ahí los cánticos ingenuos y fervorosos con que se interrumpe o se continúa la misa de la Fiesta de Navidad.

VILLANCICOS

El instinto popular llamó a estas canciones «Villancicos», porque eran propias del común de las gentes, de los «villanos», que aquel día hacían resonar el templo con explosiones de júbilo, ante la idea de Dios revelado en la forma emocionante de un Niño, nacido como los demás hombres, y aún con mayor pobreza que muchos de los villanos. Frente a

Virgen y con preferencia singular en las del Nacimiento del Salvador.

Según Sbarbi, Patriarca de los historiadores musicales, la composición, probablemente pasó al templo desde el campo, añadiendo que había servido de remate, «cabo» o «finada», a las farsas y otras piezas propias del teatro español. Las representaciones teatrales como es sabido, empezaron por los «Misterios», desarrollados en el interior de las iglesias. No hubiera tenido nada de particular que, los organizadores de tales «Misterios» hubieran tomado algunas canciones profanas y les hubieran cambiado las palabras



esta humanización de Jesús, ante este empujamiento de Dios Omnipotente, ante esta fraternidad de Dios y el hombre en los sufrimientos y las sonrisas de la vida que empieza, el villano se ve embelesado y confortado: olvida los dolores, se siente superior a su destino, se reconcentra bajo las bóvedas del templo que es también su propia casa, y prorrumpe en su cántico rudo, quizá irreverente, pero que place a quien sabe leer en los corazones. Así, más tarde, San Francisco de Asís, forma el pesebre con familiaridad deliciosa, este Evangelio llorando y predica sonriendo a los presentes y a los futuros, especialmente a los que, sobre los odios, las iras y las ambiciones, levantan su espíritu y siguen llamando hermana al agua, hermanos a los peces, a los lobos, a los hombres... El villancico responde a esta necesidad del pueblo creyente y desventurado y, por ello ha resistido al tiempo y a las modas artísticas.

LO QUE DE ELLOS DICEN LOS MUSICOLOGOS

El maestro Millet decía: «Cuando el canto popular reza a Dios y canta cosas de Nuestro Señor y de los santos, pliega modestamente los ritmos saltarinos y parece que la fe ingenua de los primeros apóstoles vuelve a florecer en el corazón de los hombres; no despierta el éxtasis de los grandes místicos, ni trae el aroma del incienso en las grandes catedrales, pero nos hace penetrar en el corazón un sentimiento íntimo de confianza en la Divinidad, como si nos trajera Nuestro Señor al sitio de honor de la mesa patriarcal, la Virgen María y los ángeles a la cabecera de la cama, velándonos el sueño y librándonos de toda cosa mala».

Más concretamente, el P. Otáño define el villancico: «Toda composición no litúrgica sobre un texto poético en lengua vulgar, escogido para poner al alcance del pueblo, según las costumbres literarias y las influencias musicales de cada época, asuntos religiosos inspirados más comúnmente en las grandes solemnidades del Señor y de la

y el sentido, infundiéndoles espíritu religioso a fin de poder utilizarlos en la función litúrgica o bien a continuación de la misma.

El compositor contemporáneo, Joaquín Turina, hablando del villancico, explica que «ya en el siglo XII se cultivaba este género de música, como lo demuestra el poema de los Reyes Magos, descubierto y publicado por Amador de los Ríos en su «Historia crítica de la literatura española». Según los documentos que se conservan y la tradición, la gruta de Belén se colocaba cerca del

en forma culta, como lo indican los que recogidos y publicados por Barbieri, por su maestría entusiastaban a Pedrell. Los siglos XVII y XVIII con sus conceptualismos, expresión de figuras y símbolos, ampliaciones y coros, dan otra vez, pero en forma muy distinta, ambiente teatral a lo que debe ser oración sencilla. Por la influencia que en todas partes llegó a tener la ópera italiana, las composiciones musicales del XIX, entre ellas el villancico, vuelven a las maneras fáciles.

Este al propio tiempo, literariamente sube de tono. Los poetas colaboran en la obra de dotar de composiciones dignas al espíritu religioso del pueblo, quien a su vez, vuelve a crear villancicos con simplicidad.

I
«En Belén tocan a fuego,
del portal salen las llamas,
porque dicen que ha nacido
el Redentor de las almas».

Brincan y bailan
los peces en el río,
brincan y bailan
de ver al Dios nacido.
Brincan y bailan
los peces en el agua,
brincan y bailan
al ver nacida el alba.

II

Una estrella reluciente
a tres Reyes ha guiado
hasta un portalico humilde
donde al Niño han adorado
Brincan y bailan, etc...

III

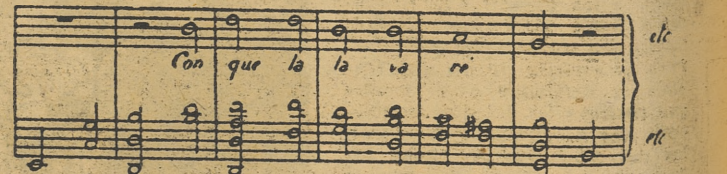
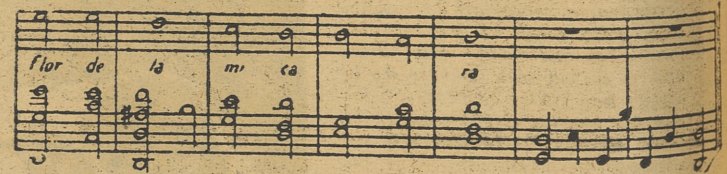
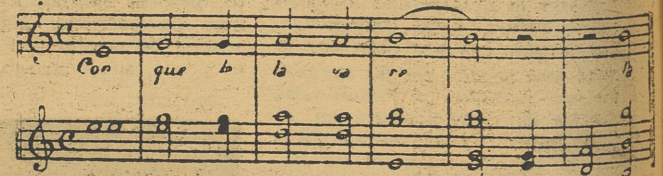
A Belén van los pastores
Venos de santa alegría
para regalar al hijo
de José y de María.
Brincan y bailan, etc...

Ultimamente, gracias a las disposiciones de Pío X en su reforma de la Música Sagrada en 1903, el villancico ha tomado vuelos magníficos, cristalizándose en piezas de verdadera música religiosa con acertado sabor popular. Por esto el villancico subsiste, alterna dignamente con la Liturgia y da sabor a las Fiestas de Navidad y constituye lo que Rubén Darío llamaba: «Flor de infancia llena de una luz divina».

A PESAR DE LOS PESARES

Los hombres de hoy, preocupados con tanta cosa, alejados del candor infantil de esta música religiosa-popular, aún tienen un gesto de dulzura y una sonrisa de comprensión para estas vibraciones espirituales que tanto entusiasmaron su infancia.

A pesar de los pesares, el villancico, de tan remoto origen, a través del tiempo, se parece a sí mismo como se parecen la fe, la



Fragmento del Villancico «Con que la lavaré», de Vázquez

altar mayor, representando los sacerdotes los personajes, de la Sagrada Familia y estando a cargo del pueblo el grupo de pastores y por lo tanto, el canto de villancicos».

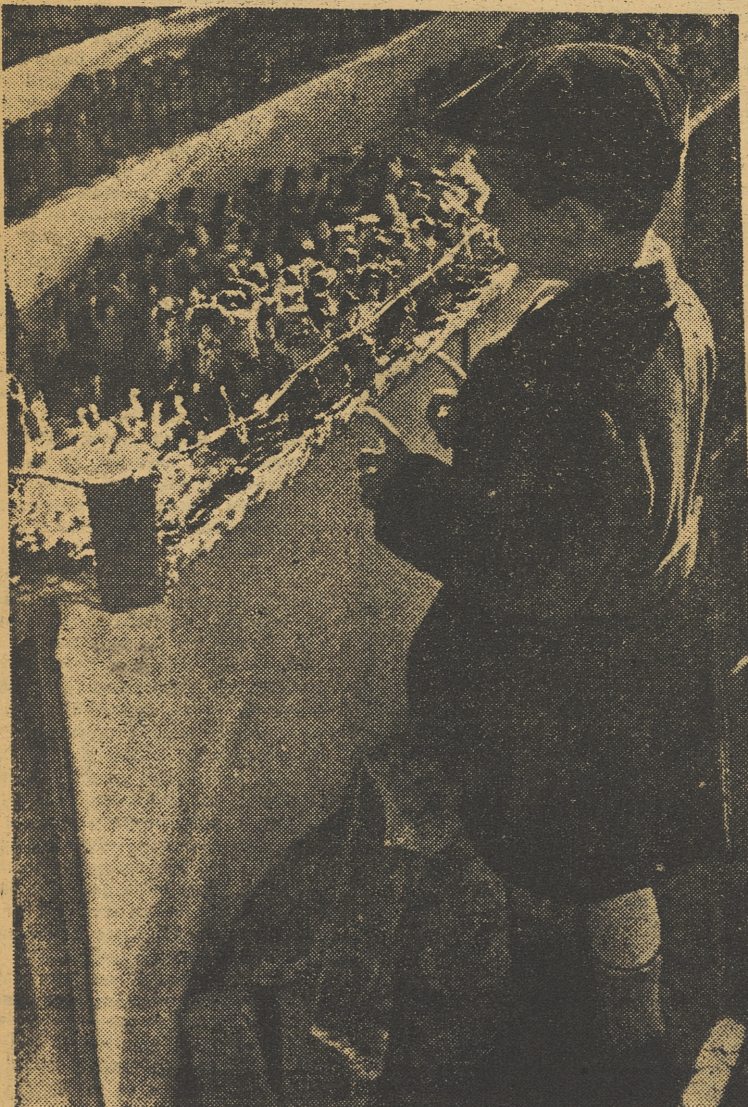
EL VILLANCICO EVOLUCIONA

A lo largo de los siglos XV y XVI el villancico se perfecciona técnicamente quizá demasiado, se convierte en una composición polifónica a tres y cuatro voces,

primavera y el amor que mueve la fábrica de los mundos.

Además está vivo, todavía influye más allá del horizonte usado, más allá de la montaña y los ríos del paisaje en que habita, más allá de la región y hasta más allá de los confines de la Patria o de los mares que unen los Continentes. Es todavía el villancico, la canción mejor, porque vuela más alto y llega más lejos.

FEDERICO



Ante los escaparates donde se exhiben las figuras del Nacimiento, la ilusión de los pequeños toma raras fantasías

¿QUÉ PIENSA DON MANUEL?

Cuento de Navidad

por ROMAN ESCOBAR

MANUEL García se llamó su padre, que fué un mozo de Cangas de Narceo grande como un navio, trabajador y silencioso, y Manuel García se llamaba él, pero ya con apodo filipino: «rey Luzón». Le llamaban así desde el 90. Era suya más tierra en esa isla que de los demás juntos. Tierra y caña de azúcar, desde una agua a otra, a lo ancho y a lo largo.

El padre vió nacer toda aquella riqueza al compás de su anhelo y de su lucha diaria con la vida. Salíó de La Coruña tan pobre como un gato: un saco con la ropa, cuatro onzas cosidas al forro del chaleco, billete de emigrante hasta Manila y diez y siete años. Trabajó hasta morir cuidando plantaciones día y noche, como un perro de presa que supiera que tenía que ser para su hijo toda aquella fortuna de las tierras cuidadas. Tras una plantación vino otra plantación; tras el primer dinero más dinero; tras el primer obrero por su cuenta, el primer criado negro y más criados. A los cincuenta años, con más pesos guardados en el Banco que días tenía su vida cuatro veces, se casó con la hija de un mestizo que era más rico que él. Siguió Dios regalándole riqueza y aquello fué creciendo fácil y alegremente, como espuma que brota sin esfuerzo. Lo malo es al principio, porque el dinero llama cada vez más dinero. Murió pronto la esposa y le dejó aquel hijo, que él quería con la fuerza tremenda de todos los amores no gustados. Manuel García se llama—pero ya con apodo filipino: «rey Luzón»—lo mismo que su padre.

Cuando, este don Manuel, el segundo de ellos, sale a correr sus campos de azúcar a caballo, se le alzan los negros, a cientos, por delante y levantan sus manos al ala amarillenta del sombrero de palma. Y, desde su montura, él mira a la distancia, allá donde sus ojos, ni los ojos de nadie, pueden llegar a ver, el paisaje que es suyo, con las cañas de azúcar, el arroz y el tabaco. Es ya viejo, muy viejo, pero aún corre de prisa por sus venas una sangre ardorosa que no miente. ¿Hasta cuándo podrá correr sus plantaciones a caballo?

MI don Manuel García, «rey Luzón» cuando era más mozo casi fué una tarde a Balanga en su caballo. Si no hubiera ido allá, otra sería esta historia.

Fuó una tarde a Balanga y conoció a Chichita, hija de un filipino de esos que leen libros y parían de polinca, amigo de Rizal. Hay una luna enorme, blanca y fácil, por cima de Balanga, en las noches de octubre y de noviembre, y la mar de la China se adormece a su brillo si se rema despacio. Don Manuel era dulce lo mismo que su azúcar, dulce como el amor, y Chichita más dulce todavía. Claro que don Manuel no se había dado cuenta, hasta aquel trance, de toda su dulzura.

El padre de Chichita, filipino «libertino», no quería españoles en su casa, y don Manuel le tuvo que dar seguridades respecto al porcentaje español de su sangre. El era, realmente, un filipino, pues que nació en Manila. Su madre era mestiza, su padre, un plantador enriquecido allí que, aunque hubiera nacido en Cangas de Narceo, nada le debía a España. Amaba a Filipinas don Manuel y tenía en las islas todos sus intereses. Aunque no anduvo nunca en la política, sería siempre un amigo. En fin, hizo promesas a su futuro suegro... Se casaron. Y don Manuel pagó con pesos de su padre buena parte de un barco que desde San Francisco trajo armas para los insurrectos de Manila en el 98. Era entonces feliz y la linda Chichita—linda y dulce—le había dado una hija, oscura como ella, con el pelo brillante y los ojos, muy claros, siempre húmedos que sería la reina de las Islas. Una perla del Sur.

La sombra de su padre se fué quedando atrás en la memoria y don Manuel no tuvo, con el tiempo, otra cosa de España que el idioma. Con la «liberación de la garra española», el dinero cambió y eso le molestaba. Ahora había unos billetes color sepia con un ribete verde y letras encarnadas que decían: «Silver pesos». Y, debajo: «Philippine Islands». Aunque no le gustasen lo mismo que las onzas, los guardaba a millares en el Banco. Y estaba muy contento. Ahora venían más barcos por azúcar y tabaco que en los tiempos de España. Hasta puede que, a veces, vinieran demasiados... Su hija, hermosa y feliz, seguía creciendo. Y sería la reina de Luzón algún día, lo mismo que su madre.

Tanto creció la hija que, una tarde, al volver a Manila de recorrer sus campos, don Manuel se encontró inesperadamente,



Don Manuel paseaba sus inmensos dominios a caballo...

frente a una mujer hecha, hermosa como un nardo, que quería casarse. Entonces se dió cuenta que era viejo y que Chichita misma—que él siempre veía igual que aquellos días—empezaba a arrugarse. ¡Ay! Es que todo acababa. Hasta la luna enorme, enorme y blanca y fácil, del cielo de Balanga.

El año 18—tal vez fué el 19, la guerra había acabado—se le casó la hija con un Basil Ratwone, de estirpe de escoceses distinguidos transformados en yanquis por el tiempo y los dólares. Realmente un personaje. El primer Secretario del Gobernador yanqui.

No le gustaba aquello, sin embargo. Hubiera deseado un filipino amigo y con sangre española a ser posible. Acaso un español sin mezcla alguna. Con los años volvía, al viejo corazón recuerdos olvidados. Por eso se había opuesto a que la hija fuera a América del Norte para estudiar en el Colegio aquel de San Francisco; a que, se hiciera, en fin, tan norteamericana. Mas, ahora, ¿iba a oponerse? La cosa

estaba hecha. ¿No era su única hija? Si estaba enamorada, debía respetar sus sentimientos. Tal vez su padre muerto no había entendido aún la boda con Chichita, ni había perdonado los fusiles aquellos que pagó con sus pesos sólo porque la luna de Balanga es muy grande en octubre, y el caso, sin embargo... y se le fué la hija con su esposo a América del Norte.

Unos años después murió la madre y se derribó el hombre por completo. Cerraron los criados la hermosa casa grande de Manila que su padre comprara—cuando la «Expropiación»—para el «rey de Luzón», que era todo un palacio. Se fué a la plantación más alejada a vivir con los negros y el azúcar. Casi no hablaba inglés y le era muy difícil comprenderlo. Comprender a las gentes de Manila que tenían por prueba de buen tono el hablarlo. En el campo es distinto. Nadie tiene vergüenza del honor de su sangre y de su nombre. Y hasta los negros cantan en limpio castellano. Se fué a la plantación y no salió de ella. Aunque el mundo anduviera muy revuelto, en sus campos de azúcar de Luzón casi no se notaba, porque la caña dulce vuelve buena a la gente que la cuida. Don Manuel paseaba sus inmensos dominios a caballo, aunque ya era muy viejo. Y los negros, a cientos, salían a su paso, sonrientes, quitándose el sombrero de alas anchas de palma y alzándolo en el aire... Hasta que el año 30 se cayó del caballo.

SON seis años después cuando le vemos, al sol de una mañana de diciembre, sonriente y contento, delante la puerta de su casa de campo. La cabeza del viejo don Manuel—que peina hace seis años el negro Rafael cada mañana—está engañando a todos. Parece tan tranquila. Pero piensa mil cosas mientras los labios ríen silenciosos.

Está en primera fila, entre su capellán y su criado negro, el que empuja su coche de pobre paralítico a la hora del paseo cada día, el que le viste, el que le cuida siempre. Detrás hay más criados. Y, en dos filas enormes, a ambos lados, los doscientos obreros obscuros de sus tierras, el sombrero en la mano, a pie firme, esperando.

Esperan a un muchacho negro, niño, nieto de Don Manuel, único nieto. Ahora es la Navidad y el mocito aprovecha las largas vacaciones para venir a conocer un poco al abuelo materno, que ni siquiera puede escribir con sus manos. Un abuelo muy extraño y con mucho dinero que quedó en Filipinas negándose a venir a Norteamérica. Un abuelo «salvaje», dueño de media isla, sin embargo. Los amigos del nieto—y las

amigas ya—se lo dicen en broma unos a otros: «¿Tiene media «colonias» para él sólo en Philippine Island?» ¿Verdad que tiene gracia?

¿Qué piensa Don Manuel, acostado en su silla de viejo paralítico, esta clara mañana de diciembre? Hoy es la Navidad y su nieto se acerca a su vejez enferma. Hace 18 años que despidió a su hija para siempre y casi dieciséis que perdió a su Chichita. Sin embargo, este viejo recuerda ahora a su padre y olvida a su mujer y aquella niña hermosa que es ahora señora de Ratwone. Recuerda ahora a su padre, perdido hace treinta años, cuarenta años, casi no sabe cuántos, y le parece ver cómo un cauce de agua interminable que cruza por tres puentes—su padre, él y su nieto—permanentes y firmes, como una sangre antigua que camina incansable desde su padre a él y desde él a su nieto. Todavía es más extensa la ruta de esta sangre; viene de sus abuelos ancestrales y se pierde en las vegas de los futuros nietos de sus nietos. Y todos los dolores padecidos—el de su enfermedad, el de su soledad, el de su gran error aquellos días de «Filipinas libres» que luego resultó que era mentira, el de su amargo olvido—se le escapan del pecho esta mañana para dejar su puesto a un gozo singular, que es gozo de encontrarse de nuevo con la vida, la vida de su cuerpo y de su alma, y saber que algún día otro «rey de Luzón» galopará esos campos que ahora miran. Todo por bien empleado lo da el viejo. Sus Navidades son, sin duda, las mejores. Y sonríe. Dará a todas sus gentes una paga doblada de regalo este año. La Navidad, Señor, ha de ser para todos.

SI hubo en la plantación fiesta de Nochebuena, no hubo fiesta ninguna al día siguiente. El nieto que llegó ni el español sabía. Casi no pudo hablar con el abuelo.

Le dió un beso en la frente muy de prisa y se fué, con los suyos, a Manila, para ver «cosas típicas». No dijo ni siquiera si volvía.

Cuando el coche salió como una exhalación para Manila los obreros pasaron uno a uno delante de su amo, que los mira en silencio. Un muchacho más joven que los otros, negro como el betún, con los ojos abiertos como la luna aquella de Balanga, grita al mirar al amo, con las manos alzadas:

—Y ¡llora Don Manuel!

Y Don Manuel le oye y baja la cabeza blanca y débil hasta que la barbilla da en el pecho caído. Y las lágrimas corren por su cara arrugada puesto que, paralítico, él no puede enjugarlas.

(Exclusivo para JORNADA)



Hay una luna enorme blanca y fácil, por cima de Balanga...

Las fiestas de Navidad en Valencia

BELENES HOGAREÑOS, AGUINALDO Y GOLOSINAS

LA TRADICIONAL FERIA DE NAVIDAD

Desde tiempo inmemorial, Valencia viene celebrando la que por antonomasia llamamos la «Nochebuena». Fiesta de infantil alborozo y alegría barroca, sobre un fondo de religiosidad ambiente.

En todo el orbe católico se conserva la consuetudinaria fiesta de Navidad en honor y gloria del Mesías Redentor, Dios hecho Hombre.

En la tradicional noche de Navidad, a través de todos los meridianos de la tierra, suenan cánticos, plegarias y villancicos en eclosión de Fe, símbolo de hermandad universal, que si hasta la venida del Mesías, en el año 4000, el Mundo aparecía como suma concreción de la vida física, Jesucristo alumbró, con el imperio de la Verdad, otro Mundo, el del espíritu: el de la Fe y el Amor.

VALENCIA EN LAS VISPERAS DE NOCHEBUENA

Si en todas nuestras grandes festividades se advierten, a su tiempo los síntomas preludivales característicos, éstos se manifiestan característicos, éstos se manifiestan.



El padrino entrega las estro-
nas a su ahijado después que
éste besa su mano respetuo-
samente, como es de ritual

tan más acusados y con el detalle más recargado, en cuanto a las fiestas de Navidad.

Antaño y aún hoy, a pesar de las naturales dificultades del momento, durante las visperas de Navidad, llegan nutridas manadas de pavos procedentes del bajo Aragón, con sus ganaderos vestidos a la típica usanza, suscitando sabrosos comentarios a su paso por los alrededores de la ciudad.

El pavo es, en la etnología valenciana, el símbolo culinario por excelencia.

Los escaparates de las pastelerías aparecen repletos de «lepolies» en sus más variadas formas y en alarde de confección artística.

Las golosinas propias de Navidad, las constituyen los turrones, yemas, pasteles de batata, pasteles «cocentinas», cajas de mazapán y las clásicas tortas «finas» y de «mantecar», «coques fines» y «coques de sagü»-tortas Franciscanas, — «coques de neu» — y gran variedad de estos productos pues, por algo se dice, con ese grafismo tan certero del pueblo valenciano: «A Nadal, coques».

Otro síntoma navideño es el de la instalación de Belenes en los escaparates de librerías y tiendas expendedoras de objetos religiosos.

Pero los Belenes que despiertan una íntima unción, de ternura y religiosidad, son aquellos que se instalan, desde antiguo en el seno hogareño, cuyo acto de descubrimiento constituye la más emotiva fiesta familiar.

¡Bella tradición, que hace latir el alma de los niños... y de los mayores!

LA CLÁSICA NOCHE DE NAVIDAD

La tarde de la «Nochebuena», tiene un aspecto de fiesta. Diríase que se desparrama el júbilo por toda la ciudad.

En los mercadillos de barrio y en los sótanos del Mercado Cen-



...y el bondadoso papá sube a su niño en un caballito de la feria, con infantil regocijo

tral, la venta de aves es abundantisima. Allí se proveen para la «colla de Navidad», hombres y mujeres, indistintamente que, luego, al cruzar calles y plazas con su halagüeña carga, ponen una nota de alegría y optimismo en la inconfundible tarde de la Nochebuena.

Al anochecer, en los pueblos de la región en los que aún perdura la costumbre, la «colla del Aguinaldo», formada por grupos de muchachos provistos de carracas y zambombas, recorren las casas de amigos y deudos, pidiendo «el aguinaldo», al son de sus típicas canciones.

Y de entre la música inarmónica de «la colla», surgen los más populares villancicos:

«La Virgen, lava pañales
y los tiende en el romero,
y los pajaritos cantan
y el agua se va riendo...»

«Esta noche es Noche Buena
y mañana Navidad;
dame la bota, morena,
que me quiero emborrachar».

Y van llenándose de nueces, avellanas, castañas, bellotas y otros condumios propios, las «alforjas del Aguinaldo».

Esta costumbre, es una reminiscencia de aquellos grupos de pastores que, al son de sus primitivos instrumentos, anunciaban de puerta en puerta el Nacimiento del Mesías esperado, costumbre que con todo su simpático primitivismo subsiste en los veintinueve pueblos del Valle de Albaida.

EL TRONCO DE NAVIDAD Y LA MISA DEL GALLO

En los pueblos valencianos, la noche de Navidad tiene, entre las familias cristianas, el encanto bucólico de tiempos patriarcales.

Al anochecer, reunida la familia junto «la llara», el «capa de casa», prende fuego al tronco año-so que con el mejor afán elige para ese día, en calidad de «tronco de Nadal», al amor de cuya lumbré narra a sus hijos los pasajes bíblicos de la venida al mundo del Hijo de Dios. Y es noche de alegría y santidad.

A las doce, tiene lugar en todas las iglesias la llamada Misa del Gallo, —celebración del Nacimiento— y los fieles cristianos acuden al Santo Oficio con gran fervor religioso.



Manada de pavos que irrumpen en la calma de la ciudad, anuncian las visperas navideñas

LA FERIA DE NAVIDAD, LAS ESTRENAS Y LA FERIA

El día de Navidad—25 de diciembre—es «el día» de los niños. Estos, después—y aún antes—de cumplir con el precepto religioso, ataviados con sus mejores galas, se presentan, acompañados de familiares o personas de respeto, en casa de sus padrinos de pila, con el fin de besarles la mano y... de que les den las «estrenas».

También los viejos tienen a gala el otorgar «estrenas» a sus nietecitos, lo cual da origen a cenas familiares, verdaderamente conmovedoras.

Gozo de la Navidad

Por NICOLAS M.^a TORRENTE

«En Navidad... el hogar no
dejar...»

(Refranco popular)

Este diciembre hecho de mañana de niebla, frío y nubes de atormentado color, nos trae todos los años la fiesta gozosa de la Natividad del Señor. Cristo nace de una Virgen—cuya pureza es dogma que España defiende mucho antes que Roma lo proclame—para morir en la tristeza de su magnífica juventud por todos los humanos, y la importancia de esta realidad viene a prestarle interés a la fecha conmemorativa que pierde todo atisbo de clase para hacerse eminentemente general. Ninguna festividad tiene la extensión mayestática que ostenta la Natividad. Y es por plagio del regocijo cristiano que hasta los pueblos indiferentes a Nacimiento de Cristo, bajo distintos nombres, centran una época de regocijo que comprende, en líneas generales, de finales de diciembre a los primeros días de enero.

En nuestro solar es, como dice el Romance antiguo, «señalamiento» que alcanza a grandes, a chicos y a medianos. Todos celebran con alegría una festividad que mantiene un ca-

lor hogareño que ni los tiempos más disolventes han podido desparramar. Natividad supone recogimiento, alegría interior, familia, familia que se encierra, temerosa de perderse, en las cuatro paredes de la intimidad. ¿Quién no recuerda las Navidades del frente! Las tres Navidades de nuestra guerra y la Navidad en Rusia. Reinaba la alegría, pero en el fondo pugnaba por escapar la llamada al hogar, a lo íntimo. ¿Y bien sabe el Dios de los Ejércitos que este punto de melancolía interior no fué nunca desfallecimiento!

La misma Iglesia tan severa en todas sus manifestaciones abre los gozos de su liturgia para cantar su mejor latín al Dios Niño. Nunca tuvieron tan sangrante actualidad como hoy día las salmodias eclesiásticas.

Gloria in excelsis Deo. Et in terra, pax hominibus bonae voluntatis.

Cuando la guerra que azota los cinco continentes está en su apogeo, y parece que los caballos del Apocalipsis recorren una y otra vez la senda del dolor, Dios viene a recordarnos una vez más aquello de: «Et in terra, pax hominibus». Y sin embargo, estas Navidades de 1942,

lo serán de guerra. Muchos hombres estarán idealmente en su hogar, con los vuelos de la imaginación, derramando, mientras tanto, una alegría bulliciosa, con cierto deje final de tristeza y añoranza en los mágicos frentes de la guerra.

Dentro de la conmemoración navideña, hay matices. La ciudad a pesar del tradicionalismo de estos días, siempre les presta un «div motiv» ligeramente modernista. La fiesta ciudadana tiene una nota de novedad que varía imperceptiblemente año a año. Todo lo contrario ocurre en el campo, en la aldea, donde la continuidad de lo añejo es como dogma de ortodoxia que no se puede atacar ni mucho menos romper. El campo es herético, se envuelve en su ropaje y mira pasar indiferente el torbellino de la vida a la que sólo en contadas ocasiones y en mínima proporción, hace conexiones que se relacionan con su modo de «ser» y «actuar».

Los heterodoxos del último corte, que en labios de Menéndez Pelayo—consideraron como fuente de toda verdad la razón y contribuyeron a la difusión de nuestra Patria de la Enciclopedia francesa, encontraron fácil presa en la ciudad. El burgo está abierto a toda innovación y en la crisis de cada siglo representa un factor de importancia. Sin embargo, el agro, aquel que precisamente había sabido de las reclutas de hombres para combatir al francés, no fué lugar de arrago del espíritu de la Revolución. El campo ha estado siempre en primera línea de combate frente a lo antinacional, porque es solera de soleras de una raza que coyunda la manera del arado, la cruz y la espada, elementos que en sus últimas consecuencias son afines y eternos si la historia es eterna.

Concretamente para España, supone la Navidad, un hecho de trascendental importancia. Son las fiestas de todos—como decíamos antes—que encuentran adecuada rememoración en todos los órdenes de la vida. Es el folclore popular y litúrgico de una nación que ante la idea ecuménica de lo cristiano hace el alfa y el omega de su ser. Pudo un día quebrarse—nunca perderse la línea de su espíritu—pero el Movimiento y su Caudillo se lo devolvieron cumplidamente de tal forma que en este 1942 del siglo de las tajantes decisiones, nos sorprende la fiesta navideña, rodeados por un mundo en guerra en la paz del Señor, en la paz que cantan los latines del Gloria in Excelsis Deo.

CAMPANAS DE ROMA EN NOCHEBUENA

En la noche de gracia, las campanas de Roma recogen las voces de todas las almas que fueron, son y pinos itálicos. Todas las noches sueña con su imperio inmenso, con las férreas legiones que



El Belén, según un cuadro de Filippo Lippi, que se conserva en Florencia

y serán llamadas a la luz de Cristo.

Los tañidos del «Campanone» de San Pedro tienen la nostalgia profunda de los cánticos proféticos, de los que vieron a Cristo desde las tinieblas de los siglos, y suspiraron por él, y le invocaron en el destierro.

Santa María la Mayor canta su triunfal «Magnificato», el poema de la más perfecta entre las criaturas, de la mujer única, huerto cerrado en que la mano del Omnipotente hizo brotar la pura flor del Dios Hombre.

Desde las siete colinas, todos los santos que duermen en las basílicas fúlgidas de mosaicos se levantan estremecidas de alegría, y unen su voz al coro de la tierra y el cielo.

Abajo, en la cálida oscuridad de las catacumbas, miles de mártires agitan gozosos sus palmas salpicadas de sangre.

Roma, esta noche, vibra toda como una concha empapada de música del mar del espíritu.

Esta noche, el cielo de Roma es un velo tan sutil que los ojos infantiles pueden contemplar a través de él un Niño blanco que sonríe.

Esta noche, toda la urbe es un gran belén: el viejo Tiber, que ha apagado su voz milenaria, parece una cinta de papel de plata; el Castel Sant Angelo, un molino de cartón gris, y los mármoles del Foro, los puentes, torres y palacios parecen esos juguetes barrocos con que los imagineros napolitanos del Seis y Setecientos llenaban sus fantásticos nacimientos.

* * *

El buen Augusto, Emperador del mundo, duerme en medio del Campo Marzio, a orillas del río, bajo los restos de su redondo mausoleo, rodeado de altos cipre-

protegen la paz romana hasta los confines del mundo, con los poetas que glorificarán su nombre y el idioma de Roma hasta que el sol resplandezca sobre la tierra.

NOCHEBUENA EN CASTILLA Y EN RUSIA

Por JOSE M. MATEU DE ROS
DE LA DIVISION AZUL

MESETA de Castilla. Olores de tomillo y romero. Por techumbre la inmensidad del cielo con cuajados de brillante luz hecha lucero. La luna, cual inigualable espejo en el que se contemplan orgullosas las divinas estrellas, refleja sobre la meseta la hermosa total de ellas.

En la calma de la Nochebuena, se oye el rasgar de una guitarra, un villancico brioso de fe ascendente hacia los cielos como plegaria de adoración al Dios de los hombres. Los pastores cantan al rededor de la hoguera; las blancas ovejas parecen comprender la noche y se hallan calladas y quietas. El más viejo, cuenta con respeto y acento de romance la marcha de los Reyes guiados por la estrella en busca de Belén... Incienso, «oy mirra le ofrecieron al Niño Dios».

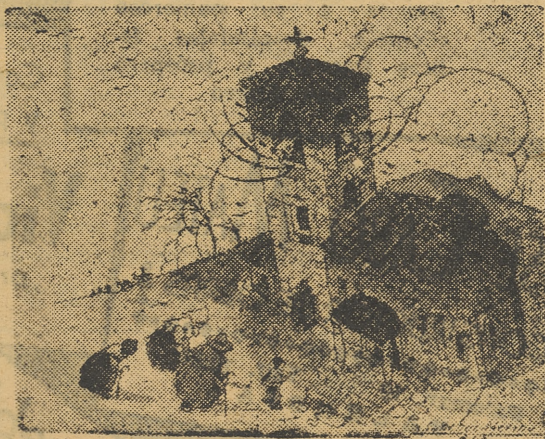
El tañido de las campanas del cercano pueblo anunciando la Misa de gallo cierra con sus sonidos la narración del viejo. Todos de rodillas, con la mirada ingenua de hombres sencillos puesta en lo alto, en éxtasis divino, le rezan al Señor. Las llamas reflejan sus siluetas en los morenos y recios rostros pastoriles. La escena es digna del mejor cine.

Concluida la oración se desborda la alegría. La guitarra vibra, la copla suena y la llena bota tras-pasa su rojo y ardoroso líquido a las gargantas resacas de los gañanes, aumentando su alegría. Lentos y tranquilos descienden los copos de nieve, dibujando guirnaldas de flores sobre el manto par-duzco de la tierra castellana. «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

* * *

Lejos, muy lejos, donde la noche comienza pronto y el sol sale muy tarde, donde la bravura y el coraje no alcanzan límites, donde el amor y la muerte se unen en el vértice inmortal de la gloria España celebra también la Nochebuena.

En las «chavolas» bajas y estrechas, iluminadas por luces de candel grupos de soldados con rostro de niño y fiera de leones, hablan de hechos, cosas y ciudades de la lejana Patria: Madrid con



su ambiente castizo y señorial; Valencia con sus hermosas flores y sus no menos hermosas mujeres; Andalucía, con su gracia moruna y sus bosques de olivos; Galicia, con sus praderas de terciopelo verde... Se habla de la madre y se la quiere mucho más; se añoran las caricias de sus manos rugosas y buenas; la nostalgia de sus ojos de bondad se acrecienta mucho más en esta noche hogareña. Se recuerda con dulzura y con pasión el rostro ingenuo y bonito de la novia morena; se sienten todavía en el alma el contacto trémulo y ti-bio de la suya. En lo alto en el grieteo capote de la noche rusa se abraza fuertemente el triple recuerdo de tres almas españolas.

En la estepa fría, sin árboles ni flores, vibran los fusiles en las manos españolas como la guitarra en las manos del pastor y retumba la metralla con sonidos de campanas. En la «chavola» estrecha, el más joven, deja discurrir entre sus dedos las cuentas de un rosario mientras sus labios susurran la oración; la respuesta de los demás semeja al eco de su voz.

Mientras tanto, en el zig-zag nevado de la trinchera avanzada, un camarada, un soldado español, cae tiñendo con su sangre la blanca espuma de nieve, y se filtra rápida por ella, hasta la tierra que deja de ser malicia. En la noche invernal, entre destellos de pólvora y reflejos de hielo del Wolchow, parece alzarse en el lugar donde el soldado cayó, un monolito de armijo y claveles, nieve y sangre, que apunta en lo más alto y en trayectoria ascendente e indefinida una bandera de gloria y un crucifijo de fe en holocausto a Dios y a España.

En la Nochebuena, con la mirada puesta en los cielos, sangre y alma le ofrecen al Señor. Espíritu canta, reza y muere... allá lejos, en Rusia, Lentos y tranquilos caen los copos de nieve, dibujando coronas de laurel sobre la tierra redimida por la División Azul.

«Gloria a Dios en las alturas... y honor al que muere por ser por la Patria inmortal».

(Exclusivo para JORNADA)

tierra, la raza de oro... Mira al mundo estremecerse bajo la cúpula del cielo. Todo brinca de gozo por los tiempos que se acercan... Niño mío, comienza a sonreír, reconociéndola, a tu madre...»

Y entonces, quizás, el viejo Emperador percibió el sentido verdadero de esa Ara Pacis Augustae que él mismo, dócil e ignaro instrumento de una Voluntad suprema, había mandado erigir, al cerrarse definitivamente el templo de Jano.

...Esta noche, mientras las campanas de cien torres cristianas cantan con toda su voz de gloria, los sueños del viejo Emperador de Roma se llenan de cándida y dulce paz.

* * *

(La crítica histórica moderna ha demostrado que la fiesta de Navidad, cuya fecha, como se sabe, era muy incierta y oscilante en los primeros siglos del Cristianismo, tuvo su origen en Roma en el año 335, según Duchesne, o en el 354, según Usener. Si Usener tiene razón, lo que es muy posible, el Papa que instituyó la fiesta y fijó definitivamente la fecha del

25 de diciembre, fué Liberio, es decir, el fundador de la Basílica de Santa María la Mayor, cuya primitiva denominación fué la de Santa María ad praesepe, porque, según la piadosa tradición, se guardaban en ella —como se guardan también hoy— las reliquias del pesebre de Belén.

La capilla del Pesebre, en Santa María la Mayor, resplandeciente de oros y mármoles en su forma renacentista que le dió en 1570 Doménico Fontana, el arquitecto de Sixto V, guarda no sólo las reliquias del Pesebre en que nació Jesús, llenas de un perfume de dulce poesía, sino también una de las obras más emocionantes de la escultura italiana y universal, el «Nacimiento» de Arnolfo di Cambio. Aunque la Virgen y el Niño fueron sustituidos en el siglo XVI, las demás figuras —que son cuatro: San José a la izquierda, un pastor barbudo arrodillado en frente, y a la derecha dos pastores más, de pie, graves y estáticos— tienen toda la fuerza maravillosa y la fe profunda del alma medieval. En los veinte siglos del arte cristiano, el tema del Nacimiento fué interpretado miles de veces; pero es éste, tal vez, el que más conmueve e invita a la humilde oración.)

* * *

Donde un día corrieron los caballos del fosco Domiciano, en la plaza que guarda el nombre y la forma exacta del Circo Agonal, y que dominan la cúpula elíptica y las torres esbeltas de la iglesia de Santa Inés, de Borromini, cientos de barraquitas y puestos provisionales exponen a la vista de toda Roma (no sería buen romano el que no pasara en estos días una o dos horas en la plaza Navona) los elementos necesarios a la «sensación» de Navidad, desde el turrón y los juguetes para los pequeños hasta las figuritas de barro o cartón que tienen que figurar en el «presepe»; hoy, más que nunca, Italia sigue la tradición franciscana, y, por lo tanto, exquisitamente italiana, del Belén.

Pasan por las calles los «exam-pogneris», bajados de los montes de Ciociaria y Abruzzo, y los sonidos sutiles de sus gaitas llenan Roma de una frescura georgica y pastoril.

Esta noche, en todas las iglesias, delante de Jesús en la cuna, puras voces de niños cantan el villancico lleno de trépida ternura:

«Tu scendi dalle stelle,
o re del cielo,
e vieni in una grotta,
al freddo e al gelo.»

El Rey del cielo vuelve a la tierra, y, como veinte siglos ha, encuentra almas cándidas dispuestas a creer en el prodigio.

(Exclusivo para JORNADA)

FELICES PASCUAS **DESEAN A SUS CLIENTES**

VENTANALES DE ACERO
Carretera y Construcciones Metálicas
JULIAN CONCEPCION
Telf. 10.424 - Valencia

ACADEMIA CASTELLANO
P. Rodrigo Botet, 5
y Calatrava, 3

Cristalería Moderna
Lunas, espejos y cristales de todas clases
JOSE M.º GIRONES
Acristalación de obras
Instalaciones en tiendas
Avellanas, 10. Telf. 10.627
VALENCIA

Farmacia S. AVAL
Zaragoza, 20 - Valencia

TIPOGRAFIA COLON
Morillo, Salabert y Prieto
Cirilo Amorós, 58
Teléfono 19.708
VALENCIA

Mariano Linares Ramón
Gestor Administrativo
Corredor de fincas
Agente Comercial
Desea prosperidades a su distinguida clientela
Pl. Pintor Pinazo, 4
Telf. 15.689

Muebles M. BENET PONS
LA PERLA DEL TURIA
Exposición:
Caballeros, 15, pral.
Telf. 11.449.

GRANERO S. L.
Arte - GUSTO - BELLEZA
Exposición y venta:
Convento Santa Clara, 8
(Cruce Ribera)
Telf. 15.319

LA CATOLICA
Viuda de Daniel Miquel
Electricidad en general
MAR, 20
TELF. 12.728

Tintas imprenta Huecograbado
EMILIO HUNOLT
BEASAIN

PAPELERIA LEVANTE
Libros - Objetos escritorio
Hernán Cortés, 6
VALENCIA

Ernesto Planells
Taller de Calderería Mecánica.
Calentación. Saneamiento y Fontanería
Maestro Gozalbo, 17
Telf. 13.643
VALENCIA.

J. Cervera
OPTICO
Felicitación a sus clientes y amigos en la entrada de Año Nuevo
Calvo Sotelo, 34
Telf. 14.780

Industrias Martí Tormo, S. A.
Saluda a su numerosa clientela, deseándoles felices Pascuas y próspero Año Nuevo

PAPELERIA «Subi»
Cirilo Amorós, 72
VALENCIA

La casa de los TRICICLOS
Talleres

LLUCH
Jorge Juan, 36
VALENCIA

FINEZAS
Gran Vía de Ramón y Cajal, 38, 7.ª
Telf. 13.810

Jose CABO MATEU
CONSTRUCION DE OBRAS
Palomar, 10
Telf. 10.842
VALENCIA

Vicente Chambó
Carpintería artística y plana para obras
Dr. Moliner, 8
Telf. 13.212
VALENCIA

Taller de reparación de construcción y Especialidad en maquinaria para las Artes Gráficas
enaro Herrero
Ramón de Perellós, 37
Telf. 16.501
VALENCIA

Sociedad Anónima GARCIA "LAS BARCAS" Y SUS SUCURSALES

Muebles SANCHIS RODRIGO
Av. José Antonio, 6
(junto Cine Tyrís)

Armería Gabilondo
(ANTES ESPLUGUES)
Plaza Rodrigo Botet, 3
Telf. 11.651

TALLERES DE FOTOGRAFADO DE ESTANISLAO VILASECA
Alboraya, 18 - Teléfono 12.335
VALENCIA